

Al volver de Montpellier á Aviñón pasó la Madre de Chantal por Nimes, viéndose precisada á detenerse en esta ciudad y dormir en ella una noche. Como todas las posadas eran de protestantes, rehusó entrar en ellas, y prefirió alojarse en una pobre casa, en donde vendían vino al por menor. Cuando entró en ella le dijeron aquellas buenas gentes: «Señora, nosotros somos pobres, pero buenos católicos.—¡Oh—les respondió—cuán ricos sois conservando la pureza de la fe!» Y después los exhortó con vehemencia á guardar cuidadosamente este precioso tesoro. No había en esta casa más que una cama vieja y poco limpia. La compuso con sus propias manos, y, al partir por la mañana, decía alegremente que no se acordaba de haber pasado nunca mejor noche.

La Madre de Chantal llegó á la ciudad de Aviñón á últimos de Agosto, y como los calores eran muy contrarios á su temperamento sanguíneo, y por otra parte el viaje duraba ya hacia cinco meses, y había sufrido mucho sin quejarse ni detenerse, todos deseaban que descansase un poco. Pero no quiso aceptar ninguna especie de alivio, y era cosa admirable ver la energía y actividad que conservaba casi á los setenta años. Se levantaba de ordinario á las dos de la madrugada, con el fin de emprender su viaje temprano y oír antes la santa Misa. «Siendo de edad tan avanzada—dice la Madre de Chaugy—era ella, sin embargo, la que despertaba á todos los que la acompañaban.» Muchas veces también le sucedió, después de haberse levantado al amanecer, no encontrar qué comer hasta las tres ó las cuatro de la tarde, y muchas veces sólo podía procurarse en las aldeas leche, pan negro y queso; pero en medio de las mayores privaciones, como en las fatigas más duras, su alegría era inalterable y la comunicaba á los demás.

Su virtud era aún más grande que su actividad y su energía; cuantos pasos daba en su viaje estaban mar-

cados por un acto de humildad, pobreza, mortificación ó amor de Dios. Cuando la vió partir la señora de Toulangeón para tan largo viaje y durante el verano, quiso trocársela su hábito, que era muy pesado y viejo, por otro más ligero de raso de Milán. «¡Ay! hija mía—le respondió—si yo tuviera un hábito de esa tela que tú dices, por ligera que sea, sería tan pesado para mis hombros, que no tendría descanso hasta que me lo hubiese quitado.» Y rogándole la misma señora de Toulangeón, su hija, que al menos la avisase cuando entrara en Borgoña, para que pudiera llevarla consigo á los monasterios. «¿Qué haremos?—dijo con gracia á la Madre Favre —Dios sabe cuán grato me sería tener á mi hija conmigo, pero desgraciadamente sería menester tener litera, coche, tren, y todo esto me disgusta mucho. Cuando llegáramos á una ciudad dirían: esa es la Madre de Chantal que va á Santa María; esto huele á mundo y me contraría. Más quiero—añadió—nuestra litera cerrada, nuestro sacerdote y nuestros dos muleteros.»

Al llegar á las ciudades evitaba con el mayor cuidado los recibimientos solemnes. Ordinariamente la ponían en los mejores cuartos de las casas donde paraba; algunas veces le decían que le daban el mismo gabinete y los mismos muebles que habían servido al Rey cuando había estado allí. Oyendo esto se humillaba profundamente, y cuando llegaba la noche doblaba con su compañera las grandes colchas de seda, y poniendo sus hábitos en su lugar para cubrirse, decía á la Hermana que la acompañaba: «Por Dios, Hermana mía, levántemonos mañana muy temprano para irnos y dejar todos estos aparatos mundanos.» Nunca estaba más contenta que cuando tenía que pasar la noche en una mala casa, durmiendo sobre paja y hojas y habiendo cenado mal, lo cual la sucedía algunas veces en una época en que los caminos estaban mal cuidados y las posadas casi enteramente desprovistas.

La misma humildad y mortificación se notaba en esta santa Madre cuando llegaba á uno de sus monasterios. No quería sentarse en el sitio de la Superiora, decir el *Benedicite* ni las gracias, ni hablar nunca á las religiosas en el capítulo, diciendo «que no siendo Superiora no debía abrir la boca en aquel sitio.» Algunas veces ponían, por respeto, sobre su mesa un pequeño tapete de sarga verde, pero le quitaba en cuanto lo veía. »¿Soy yo alguna señora?—decía.—¿Necesito acaso cosas de las que se usan en el mundo?» Rehusaba también todos los reclinatorios y almohadones que le ponían en el coro. «Quitad esto, Hermanas mías—les decía;—¿dónde está la pobreza?» Y se arrodillaba en el desnudo suelo.

Durante el viaje no interrumpía ninguno de sus ejercicios piadosos, y la diversidad de los lugares que atravesaba, no era capaz de sacarla de su recogimiento. Si veía algún hermoso paisaje, daba una rápida ojeada y levantaba enseguida los ojos al cielo, como para decir que las bellezas de la naturaleza no eran nada en comparación de los resplandores celestiales. Si viajaba por caminos escabrosos, rodeados de precipicios, se sonreía al ver el miedo de sus jóvenes secretarias, y ningún peligro era capaz de arrancarla un grito ó una expresión de espanto. Acostumbraba á entretener lo largo del camino cantando himnos ó hablando de Dios, y muchas veces en estos momentos su rostro se ponía brillante como un astro.

Sobre todo, cuando en los monasterios estaba rodeada de sus Hijas, era un placer el oirla. Sus discursos eran vivos, cortos, inflamados, sembrados de palabras ardientes que penetraban en el corazón como si fuesen saetas. Tan pronto recomendaba la humildad, la abyección, el desprecio de sí misma, tan pronto desenmascaraba las pequeñas miserias, que se ocultan algunas veces bajo el hábito religioso; á menudo predicaba la

unión, la concordia, el amor sobre todo, que en sus últimos años vino á ser casi el único objeto de sus discursos y conversaciones, y siempre salían de sus labios, sin flores y sin adornos, esas palabras hermosas, persuasivas, que no se olvidan nunca cuando se han oído una vez, porque nacen de un corazón enamorado de Dios, como lo estaba el de nuestra Santa (1).

Citaremos algunas que agradarán sin duda á nuestros lectores: «¡Dios mío!—decía un día—¡qué temor tengo de que con esta multitud de casas que por todas partes se fundan, se relaje el espíritu por falta de Hermanas y Superiores sólidamente virtuosas! ¡Oh! y ¡cuánto cuidado hay que tener con esto! De otro modo se harán muchos palomares, en donde nuestras palomas se morirán de hambre, tanto en lo espiritual como en lo temporal.»

Para evitar esta desgracia, rogaba á las Superiores buscasen buenas vocaciones. «No busquéis dotes—decía—sino buenas vocaciones. Quien quiere tener hijas de plata, nunca las tendrá de oro.» Contando ya con la buena vocación, quería que se arrancase del corazón de sus Hijas hasta la última raíz de la vanidad. «Si supiese—decía—que la vanidad entraba en un monasterio, tendría tentaciones de pedir á Dios enviase fuego del cielo para quemar aquella casa y purificar el Instituto. Dirán que no conozco el espíritu que me anima, pero si se supiese lo que es la humildad en la vida religiosa, y lo que en ella produce la vanidad, pensarían como yo.» Y enterneciéndose al pronunciar estas últimas palabras: «No, no—decía,—nada sería más capaz de abreviar mis días que el ver la vanidad y la desunión entre las Hijas de nuestro Instituto.»

(1) Véase toda la tercera parte de las *Memorias de la Madre de Chaugy*. Véase también un pequeño compendio manuscrito compuesto por la Madre Favrot, titulado: *De las virtudes que practicaba nuestra bienaventurada Madre en sus viajes*.

Une aquí la vanidad y la desunión, como se une la madre con la hija, la causa con el efecto. «¡Ojalá—decía—que me atravesasen la lengua con un hierro ardiendo, con tal que la boca de las Hijas de la Visitación estuviese para siempre cerrada á toda palabra, por breve que fuese, contra la unión, caridad y dulzura que deben reinar entre ellas!» Así no cesaba de hablar de la humildad, que une los corazones, como del orgullo, que los separa. No encontraba palabras bastante vehementes para alabar esta virtud, que llamaba divina. «Es la generala de nuestra Orden—decía,—y si todos los monasterios la obedeciesen, nunca habría en ellos peligros ni divisiones.»

A la humildad quería se juntase la obediencia pero ¡qué obediencia! No solamente pronta, alegre y generosa, sino también enteramente ciega para que fuese enteramente sobrenatural. «¡Jesús!—decía—qué aversión tengo á ese afán que manifiestan las Hermanas de tener Superioras de talento y de grande experiencia! Mirad, esa imaginaria creencia de que las Superioras necesitan tener grandes talentos, arruina enteramente la pureza de la obediencia, porque no es difícil obedecer á un ángel. En cuanto á mí, si se me diese por Superiora á la más joven de nuestras Hermanas profesas, la amaría con todo mi corazón.»

Pero en el lugar preferente, más alto que la obediencia y la humildad para unir las almas y hacerlas progresar, ponía el amor; el amor, que es lo primero y lo último de la perfección. No hablaba más que de esto. «En estos últimos años de mi vida—decía—no quiero hablar más que de amor y caridad, porque las cosas dichas á lo último, quedan más grabadas en el corazón. La caridad, el mutuo amor, es el buen bocado que quiero dejar á nuestras Hermanas al morir.» Lo repetía tan á menudo, que la Hermana de Chaugy le dijo un día sonriéndose:

—«Madre mía, voy á escribir á todas partes que en vuestra vejez sois como vuestro protector San Juan, y que como él, no nos habláis más que de amor.»

—»Hija mía—replicó la Santa con seriedad pero con dulzura—no hagáis esta comparación, porque es profanar á los Santos el compararlos con criaturas miserables y pecadoras; pero es verdad que si siguiese mis impulsos y no temiese fastidiar á nuestras Hermanas, no las hablaría nunca más que de amor.»

Al mismo tiempo que sembraba esta hermosa doctrina en los monasterios que visitaba, y la expresaba con tan hermosas palabras, la Madre de Chantal no olvidaba á los otros monasterios que no había visitado aún, ó que no esperaba visitar. Sin cesar paseaba sus ojos de Madre y fundadora sobre sus ochenta casas. Mantenía con todas las Superioras, iba á decir con todas las Hermanas, una correspondencia inmensa, que tres ó cuatro secretarias apenas podían llevar. Muchas veces se veía obligada á ocuparse días seguidos en responder á la multitud de cartas que recibía. Esta correspondencia de los últimos años de la Madre de Chantal, nos manifiesta más y más su grande y varonil espíritu, su inmensa experiencia y su santidad cada vez más eminente. Gobierno general de las casas, relaciones con las Hermanas y Superioras, elección de novicias, discernimiento de espíritus, conocimiento de los caminos de Dios en el gobierno de las almas, indicación de los medios para llegar á la perfección; todo esto examinado á fondo, todo claro, y al mismo tiempo expresado con un solo rasgo, pero tan vivo, tan verídico, que el alma no siente la brevedad. La firmeza, la energía, la virilidad forman siempre el fondo de esta correspondencia; pero la bondad, la dulzura, la ternura se hacen cada día más lugar. Evidentemente, á medida que adelantaba en edad, el amor inunda esta grande alma y rebosa por todas partes. No puede pasarse sin sus Hijas;

las ruega, las insta á que le escriban á menudo; se enfada si pierden la menor ocasión de darle noticias; pero ¡qué enfados! los que salen directamente del corazón para ir derechos á buscar otro corazón. «Os escribo estos renglones sólo para reprenderos, querida mía—escribe á la Madre de Blonay—y para deciros que no volváis á dejar pasar las ocasiones de escribirme, sin hacerlo; ciertamente, si estuviéseis aquí, os había de dar un abrazo muy apretado para castigaros. En fin, perdono lo pasado, pero cuidado con volver á cometer esta falta; ¿no sabéis lo que quiero á la pobrecita vieja de mi Hija y á sus cartitas también?» (1)

Mientras tanto empezaba el invierno, y como la Madre de Chantal se había propuesto visitar los monasterios del Franco-Condado, de la Lorena, de la Picardía y de la Normandía, se apresuró á dejar el Mediodía. Iba de Aviñón á Grenoble, cuando la entregaron una carta del Obispo de Ginebra que la llamaba. Sabiendo que su viaje la había fatigado mucho, y temiendo por su salud á causa de su avanzada edad, le mandaba interrumpirle y volver á la ciudad de Annecy por el camino más corto. Volvió á ella con esa necesidad de soledad y silencio que nunca la había dejado, y que aumentaba todos los días; esperaba descansar, en fin, pero no debía encontrar reposo sino en la tumba.

(1) Hay una multitud de cartas por este estilo, desgraciadamente desconocidas hasta ahora. El Sr. Migne y el Sr. Ed. de Barthelemy, dando á luz ahora un gran número de ellas, han hecho un servicio muy grande.



CAPÍTULO XXXII

Últimas pruebas de la Madre de Chantal.—Penas interiores.—
Muertes de la Madre de Chatel, de la Madre Favre y de la
Madre de Brechard.—Fundación de la Visitación de Turin.

1637 — 1640

LA Madre de Chantal tocaba ya al término de su carrera y al fin de su realizada misión. Iba á fundar la casa setenta y seis de su Orden, y preparaba cuatro ó cinco, con lo que el total de los monasterios de la Visitación llegaría á ochenta. Había recorrido sucesivamente la Lorena, la Francia, la Saboya y la Suiza, venerada en todas partes como Santa, y llevada, por decirlo así, como en triunfo. Para dirigirla en una carrera tan extraordinaria, le había dado el Señor los dos Santos más grandes de este siglo, San Francisco de Sales y San Vicente de Paúl; y necesitando también mujeres fuertes para servirle de instrumentos, tuvo la felicidad de encontrarlas dotadas de una virtud y cualidades, que sobrepujaban á sus necesidades y esperanzas. No le restaba ya, después de haber ceñido á sus sienes tantas coronas, sino recibir y poner en su cabeza la suprema corona de la adversidad, que da tanto valor á las demás, y sin la cual falta algo á la más hermosa vida, «y un no sé qué de perfección—dice magníficamente Bossuet—que la desgracia añade á la virtud.»